

FINALISTA ESTATAL



EL ABUELO

Alba Cambeiro Cernadas (Galicia)

El abuelo ya no está; pero aún siento su presencia en todos esos lugares que llenaba con sus historias de planetas remotos.

El banco del jardín se quedó solo y aburrido.

Las tardes buscan el silencio para volver a oír el eco de sus palabras.

“Hace mucho tiempo – decía – hubo una guerra; y ya sabéis, todas las guerras son crueles, pero ésta lo fue más, hermanos contra hermanos, niños llorando a sus padres o aturdidos por el estruendo que producían las bombas”.

Una tarde de verano, Tomás jugaba con su amigo Miguel en la playa para ver quién era capaz de dar más volteretas en el agua.

- ¡Eh! ¡Has hecho trampa! ¡Has parado para respirar! – Decía Tomás.

- ¡No es verdad!

Y así estaban toda la tarde. Los dos amigos tenían doce años y vivían en un pequeño pueblo de la costa. Tomás vivía con su hermana Isabel y con su abuelo. Sus padres habían muerto años atrás, su padre, en una guerra absurda, su madre por la miseria, el hambre y la enfermedad que ésta generó.

Su abuelo, Bruno, lo era todo para Tomás e Isabel, ahora que estaba jubilado pasaba la mayor parte del tiempo con los nietos. La dictadura se había instalado en el país. Y Bruno procuraba vivir, aunque añoraba la libertad.

Un día, a la vuelta de la playa, Tomás notó a su abuelo más triste y apagado que de costumbre.

- ¿Qué te ocurre abuelo? Te veo triste.

- Nada hijo, cosas de mayores...

- ¡Nosotros ya somos mayores! Nos lo puedes contar.

Bruno sabía que tarde o temprano se lo tendría que decir.

- Veréis hijos, sabéis que en nuestro país hay una dictadura, pues en estos casos siempre se crean dos bandos, los que están a favor de ella y los que están en contra.

- Sí, ¿y que pasa?

- Pues que a los que estamos en contra nos quieren encarcelar. Alguien ha dado el chivatazo de que este régimen no es de mi agrado y me meterán en la cárcel.

- ¿Y qué haremos abuelo? - Preguntaron los dos.

- No lo tengo muy claro todavía, pero he hablado con los padres de Miguel y Alicia, ellos lo saben y se han ofrecido a cuidar de vosotros.

- ¿Y dónde irás? - Preguntó Miguel.

- Vosotros tranquilos, yo estaré a salvo.

Al día siguiente, Bruno y sus nietos hicieron el equipaje. Luego fueron a las casa de sus amigos, allí se despidieron. Los tres se fundieron en un abrazo sellado con lágrimas. Por primera vez conocieron el sabor de la despedida.

Pasó el tiempo y del abuelo no supieron nada. Sus amigos intentaban tranquilizarles y hacerles la vida fácil.

Una tarde de otoño, Tomás salió a sacar la basura y vio que un hombre caminaba hacia él. Esperó un poco a que se acercara más para poder verlo mejor. No se podía imaginar la sorpresa que le esperaba. Allí estaba su abuelo Bruno, algo más flaco y con una larga barba blanca, al verlo sintió lástima y felicidad a la vez.

- ¡El dictador ha muerto! – fueron las únicas palabras que pudo articular.

Sus palabras siguen estando frescas en mí, y con ellas aprendí a apreciar el valor de la libertad.